

Latitud incierta

El jolgorio de delfines y sirenas ha creado un denso taró. Apenas se distinguen las luces desastradas del puerto en el que las bocinas de niebla tañen a muerto. La costa parece un sudario. Ataúlfo se palpa los plomos antes de sumergirse. Siempre cree que no lleva suficientes y flotar más de la cuenta atribula a un submarinista tan apegado al oficio que en tierra viste una gabardina de hule negro y lleva gafas de caucho. Buzo de branquias oxidadas, ahora se dedica a restañar barcos lastrados de conchas, algas y mierda, y a emborracharse en la taberna los días impares, que es cuando cobra. Hubo tiempos en los que trabajó a profundidades desmesuradas. Las plataformas petrolíferas lo jubilaron pronto con arrugas de bebé de tanto ponerse en remojo. Iba a terminar sus días como buceador de rescate en el mar Muerto, un chollo, pero harto de que no se le ahogara nadie se vino para acá, al futuro prometedor de yates, veleros y algún que otro buque despistado.

La fábrica de hielo del puerto, desnutrida de encargos, subsiste vendiendo barras y cubitos para neveras y chiringuitos pero de vez en cuando arriba un barco providencial que aplaza el cierre. El Terranova es un milagro: sus cámaras frigoríficas no funcionan y no para de comprar hielo, a toneladas, que almacena en un casco que cada vez se asemeja más a la panza de un monstruo marino. Atu —como le conocen los parroquianos— trabaja de noche, con la fresquita y una lámpara halógena que parece un faro del revés. Ya ha remendado la hélice, con más mellas que la dentadura de un vagabundo, pero le queda tarea con los pañoles. La fábrica desagua normalmente escarcha pero con el tragahielos desperdicia mucho material que vierte en la dársena, camino de convertirse en un lago alpino. Atu se siente un polo de regaliz.

La foca vaga por un mar de puchero, con los imanes cardinales alterados, cuando se topa con este puerto de latitud incierta que vomita un hilero de glaciar. Inesperado. Mágico. La foca parece albina, como un narval sin berbiquí, pero sólo es vieja. Los años le han decolorado la piel; no así sus ojos de galena. Tan negros como el neopreno que divisa al fondo, donde nace el frío y centellea una estrella submarina. Atu suelda con desgana en el mercante, con más bollos que un escudo de vikingo, que en sus tiempos gloriosos traficó con lino egipcio. Los armadores, que se han pasado al trajín de frutas, pretenden repararlo antes de que se hunda con una descomunal carga de sandías. Les da igual que escore a babor desde la embestida de un contenedor a la deriva que el capitán confundió con un cachalote. Blanco y sin arponear. Las maromas están tensas como cuerdas de laúd y el buque, aparte de ruindad, amenaza ruina.

Ataúlfo intuye que le observan pero, como otras veces, cree que sólo son fantasmas hiperbáricos. La foca de eso no entiende; de burbujas, sí y aquel calderón negro suelta un chorro insólito. Parece toser y las ballenas no tosen. Tampoco desprenden luz. La foca dribla hélices en barbecho y se acerca cautelosa al bulto impreciso. Ataúlfo apaga el soplete y va por los remaches. La niebla cuaja, el puerto sigue con su lamento y la factoría masticando nieve. El buque huele a fruta desahuciada.

Atu pega mazazos tan fuertes que ni la espesura del agua amortigua el quejido del acero. El ruido asusta a la foca que arría bigotes y se esconde tras el timón de un velero. Atu no se da cuenta de que la tiene justo detrás. Siente como si un pulpo le acechara el cogote pero en el puerto no hay pulpos: sólo lisas radiactivas. El buzo gira todo lo veloz que le permite el lastre y la pilla por sorpresa. Foca y buzo se miran quietos. Atu, aturdido, alucina con la foca que parece un viejo mascarón de proa fuera de lugar. La monje no mueve ni un pliegue de su habito. Contienen la respiración. Foca

y buzo juegan a los equívocos: Ataúlfo hace como que no la ve y ella aparenta que no existe. Pero se miran fijo y, sin darse cuenta, se aproximan en lo que parece un ensayo a media agua de gimnasia sincronizada. Sueltan burbujas de incredulidad con ojos de payaso. Atónitos. Sonríen mientras danzan. No hay puerto en el mundo, incluidos los de latitud cierta, que acoja espectáculo parecido.

No dura mucho el embeleso. La panza del buque no ha encajado bien la somanta de golpes y se remueve. Las entrañas rugen como si entrara en ebullición. Atu y la foca sin nombre aparcan el dueto y miran al Terranova. La línea de flotación cede y la proa se abre como si la bestia, asfixiada, quisiera tomar aire. Pero sólo eructa y le entra más agua. La sentina alivia por los imbornales un chapapote carmesí. Foca y buzo empiezan a recular camino de la bocana sin perder de vista el monstruo herido. Justo a tiempo: el amarre se tensa hasta descuajar un noray que, como una carga de profundidad, les cae justo delante. Se vuelven a mirar. Igual se entienden porque huyen que se las pelan. Atu, no sabe como, aletea tan rápido como la foca que no se ha visto en otra igual. Poca gracia morir por la coliguera de un barco.

Las sandías pochadas cubren de rojo el puerto y la bestia se hunde con una ventosidad de traca. Una ola de compota amenaza con engullirlos. Foca y buzo ni tienen tiempo de despedirse. Ni con un glugluteo apresurado. La foca enfila por donde el mar se acuesta en lumbre y el buzo aletea al lado contrario donde asoma un gajo de luna roja. El taró escupe pepitas negras. Mientras le caen encima, Ataúlfo se pregunta si volverá a cruzarse con la foca albina, esa monje sin hábito que se fue teñida de púrpura.